



## **Un viernes por la mañana**

**Diciembre 2010**

Es tiempo de hacer conciencia, conciencia de lo que implica nuestra existencia. El mundo humano, la producción cultural de la humanidad como un todo, representan el fiel testimonio de un grito desesperado; el grito de "estoy vivo y estoy muriendo", la expresión amplificadora de nuestra alma individual.

Creo que dicho testimonio colectivo recuerda de donde venimos, de un origen común, de un pasado compartido en donde la uniformidad reinaba, en donde la paz y el orden se identificaban plenamente con el caos. Un origen en donde las distinciones estructura-agente, sociedad-individuo, Dios-hombre, tu y yo no existían. Leemos entonces dicha historia proyectada hacia adelante. Es la única manera en la que podemos hacerlo. Los caminos se construyen al andar, las casas las construimos con miras a ser habitadas. Proyectamos entonces el pasado. En nuestra lectura del futuro está el pasado de donde venimos.

¿Por qué se siente tan cerca? ¿Por qué ese sentimiento generalizado de desorden? El sentimiento y la razón, la (ir)racionalidad como unidad. Sean entonces estos tiempos el comienzo del reconocimiento. Basta que una mecha prenda para iluminar (y entonces prender) al resto.

Grita de nuestra boca la víbora que nos engulle; no somos nosotros, es nuestra procedencia que no obstante tuvo que diferenciarse para conocerse. La forma reclama autoridad sobre el contenido al reconocerse en el mismo.

La verdad solamente se puede hacer sentir por medio de mentiras. La verdad por sí misma solamente se vive. Nuestra misma existencia es la mentira mejor contada, en la singularidad de la mentira entonces aparezo yo, aparece la individualidad, aparece holográficamente Dios.

Vivimos entonces el mejor de los mundos posibles... porque no hay otro.

Enorme condena la que implica la existencia humana. Tener que confiar la misma a la incertidumbre. De dicha incertidumbre nace entonces la fe. Y la fe puede entonces dirigirse a cualquier lado. Cada uno proyecta el dios que potencialmente es. Creencia de la mano de la existencia.

Nos une el pasado mientras que nuestra existencia nos separa. No hay problema, el camino en realidad recorre una circunferencia.

La gente se sorprende al “adoptar” nuevas verdades. Ya no da tiempo de que se conviertan tranquilamente en mentiras. Creamos entonces en la voluntad que por sí sola únicamente nos remite a nosotros mismos.

La primera mentira que todo hombre debe de reconocer es su propia existencia. Después puede empezar a creer lo que quiera.

El hombre siempre cree en algo... en sí mismo. Lo de menos es darse cuenta. He ahí el comienzo de la historia como creencia de sí misma.

Los frutos de la civilización decantan entonces en los desengañados. Flores exóticas y por ende veneradas. No son todos los que son. Solamente lo que reclama El Señor para no dejarse vencer ante sí mismo.

Sigamos contando historias... de ellas dependen las bocas que las cuentan, de ellas depende nuestra existencia. ¿Dependen en última instancia de ellas mismas? Remítase entonces a Georg Simmel: Forma-individuo-contenido. Somos solamente el medio. No

importa por el momento de qué. Si eres de los nuestros, los necios a los que les importa, voltea hacia ti mismo, es decir a los demás, es decir hacia ti mismo; y encontraras la respuesta. No obstante, recuerda que ésta siempre viene en forma de pregunta, no tiene otra forma de hacerse patente.

Orgullo comunitario, curiosa reliquia. El pensamiento entonces se curva, nos curva. Profanadores de tumbas. Nunca hemos caminado por tanto erguidos.